

La inteligencia vigilada.

Por qué los brillantes no ascienden en un sistema que premia la sumisión.

1. La paradoja del brillante.

Hay una paradoja que impregna la historia de las instituciones humanas y que casi nunca se explicita con claridad: las personas más brillantes rara vez ocupan las posiciones más altas. No porque no quieran, no valgan o no se esfuercen, sino porque la brillantez, entendida como capacidad crítica, es incompatible con el ascenso en un sistema que sobre todo premia la conformidad.

El brillante ve lo que otros no ven, detecta las contradicciones, las inconsistencias y las hipocresías. No puede evitar preguntar por qué las cosas se hacen de una manera y no de otra. No puede evitar señalar que "el emperador está desnudo". Y ese acto de lucidez, que debería ser un valor, se convierte en un peligro. Porque cuestionar el statu quo es cuestionar a quienes se benefician de él y quienes se benefician de él no están dispuestos a que nadie ponga en duda su posición.

El resultado es un mecanismo perverso. Los que podrían transformar el sistema son excluidos del mismo. Los que podrían aportar ideas nuevas son apartados. Los que podrían corregir los errores son silenciados y, en su lugar, ascienden los que no cuestionan, los que repiten, los que se adaptan, los que, en definitiva, no incomodan.

Este ensayo explora esa paradoja. Analiza por qué la brillantez crítica es incompatible con el éxito social, cómo se vigila y se neutraliza a los que cuestionan, y qué consecuencias tiene para una sociedad que premia la sumisión y castiga la lucidez, renunciando al talento y a las posibilidades de mejora que brindaría.

2. Qué es la brillantez. Más allá del cociente intelectual.

Cuando hablamos de brillantez, tendemos a pensar en el cociente intelectual, en las notas académicas o en los títulos universitarios. Pero la brillantez no es eso. O no solo es eso. La brillantez es, sobre todo, capacidad crítica, capacidad de cuestionar lo establecido, de ver más allá de las apariencias y de detectar las contradicciones que otros ignoran.

Una persona brillante no es la que más datos memoriza, sino la que entiende lo que los datos significan. No es la que mejor repite las teorías aprendidas, sino la que las cuestiona. No es la que se adapta a las reglas del juego, sino la que pregunta por qué se aplican esas reglas y no otras. La brillantez es, en esencia, una incomodidad. Una incomodidad intelectual, moral y política.

El filósofo Theodor Adorno escribió que la "dialéctica negativa" es la forma más alta del pensamiento, la capacidad de sostener la contradicción, de no resolverse en síntesis fáciles y de mantener la tensión entre lo que es y lo que debería ser. Esa es la esencia de la brillantez crítica. No la complacencia con lo existente, sino la insatisfacción permanente. No la aceptación del mundo tal como es, sino la voluntad de transformarlo.

Pero esa brillantez es incómoda, muy incómoda, porque cuestiona el orden establecido, señala lo que no funciona y desenmascara lo que se oculta. Y los que detentan el poder y se benefician del orden establecido no quieren ser cuestionados, no quieren que se señale lo que no funciona, no quieren que se desenmascare lo que ocultan y por eso vigilan a los brillantes. Los vigilan, los controlan y los neutralizan siempre que pueden.

3. La vigilancia del que cuestiona.

La vigilancia no siempre es explícita. No siempre hay policías, cámaras o expedientes. La vigilancia más eficaz es la que se ejerce a través de mecanismos sutiles, casi invisibles, que no dejan rastro pero que son tremendamente eficaces.

La vigilancia académica. En las universidades, los profesores que cuestionan el statu quo son apartados de los proyectos importantes, de los comités e ignorados en las promociones. No se les dice explícitamente que están siendo castigados, simplemente dejan de ser considerados "serios". Se les tacha de "polémicos", de "ideológicos" o de "poco rigurosos". Y sus ideas, por muy valiosas que sean, quedan marginadas.

La vigilancia profesional. En las empresas, los empleados que cuestionan las decisiones de sus superiores son apartados de los proyectos estratégicos, excluidos de las reuniones y relegados a tareas secundarias. No se les despide, se les ningunea. Se les deja sin responsabilidad, sin visibilidad y sin futuro. Y al final, o se marchan o se apagan.

La vigilancia mediática. En los medios de comunicación, los periodistas que cuestionan el poder son apartados de las fuentes, excluidos de las ruedas de prensa y silenciados en los editoriales. No se les censura explícitamente, simplemente dejan de ser invitados. Sus artículos no se publican, sus investigaciones no se financian y sus voces, por muy lúcidas que sean, quedan fuera del debate público.

La vigilancia política. En la política, los que cuestionan el consenso son apartados de los cargos, excluidos de las listas e ignorados en los debates. No se les expulsa del partido, se les arrincona. Se les deja sin plataforma, sin recursos y sin apoyos. Y al final, o se someten o se van.

En todos estos ámbitos, la vigilancia no es un castigo explícito, sino una exclusión silenciosa. No hay una orden de apartar al que cuestiona, simplemente se le deja de considerar "de los nuestros". Se le excluye de la red de favores, de contactos y de complicidades. Y sin esa red es imposible ascender, porque el ascenso no depende del mérito, sino de la pertenencia y el que cuestiona no pertenece.

4. Por qué el brillante no asciende.

La razón por la que los brillantes no ascienden es estructural, no individual. No es que los brillantes sean tímidos, ingenuos o poco ambiciosos. Es que el sistema está diseñado para excluirlos.

El ascenso no premia el mérito, premia la lealtad. En la mayoría de las organizaciones, los ascensos no se otorgan a los que tienen mejores ideas, sino a los que han demostrado lealtad al jefe, al equipo y a la cultura institucional. El brillante que cuestiona no es leal, es una amenaza, y por eso no asciende.

El ascenso requiere redes, no ideas. Para ascender, no basta con tener buenas ideas, hay que tener contactos. Hay que pertenecer a los círculos adecuados, contar con padrinos y aliados. El brillante que cuestiona no tiene redes, tiene enemigos. Porque cada crítica que hace se convierte en un enemigo potencial y sin redes no hay ascenso.

El ascenso exige conformidad, no originalidad. Los que ascienden son los que no incomodan, los que aceptan las reglas no escritas, los que no cuestionan las decisiones absurdas y los que se adaptan al estilo del jefe. El brillante que cuestiona no se adapta, incomoda, y por eso no asciende.

El ascenso premia la gestión, no el pensamiento. En la cúpula de las organizaciones, lo que se premia no es la capacidad de pensar, sino la capacidad de gestionar, administrar recursos, coordinar equipos y negociar conflictos. El brillante que cuestiona no es un buen gestor, es un problemático, y por eso no asciende.

El resultado es un sistema que expulsa a los que podrían mejorarlo. Los brillantes se marchan, se apagan o se resignan. Y en su lugar ascienden los que no cuestionan, los que repiten y los que se adaptan. Los que, en definitiva, no molestan. Y el sistema se reproduce, idéntico a sí mismo, sin corregir sus errores, sin incorporar ideas nuevas y sin transformarse.

5. La sociedad estúpida. El coste colectivo.

Cuando el sistema excluye a los brillantes, no solo pierden ellos. Pierde toda la sociedad. Porque una sociedad que silencia a sus críticos es una sociedad que no puede corregirse. Una sociedad que aparta a sus lúcidos es una sociedad que no puede innovar. Una sociedad que premia la sumisión es una sociedad que se vuelve estúpida.

No estúpida en el sentido de ignorante, sino en el sentido de incapaz de pensar. Una sociedad que ha domesticado a sus miembros, que les ha enseñado a no cuestionar, a no preguntar y a no incomodar. Una sociedad de conformistas, gestores y actores que representan un papel que no entienden. Una sociedad que funciona, pero que no piensa.

El filósofo Cornelius Castoriadis advirtió que una sociedad que no se cuestiona a sí misma está condenada a la heteronomía, a ser gobernada por otros, a reproducir sin pensar y a repetir sin crear.

La autonomía, la capacidad de darse sus propias leyes, requiere pensamiento crítico, ciudadanos capaces de cuestionar, imaginar alternativas y transformar lo establecido. Sin esa capacidad, la sociedad se convierte en una máquina de reproducir lo mismo.

Y eso es exactamente lo que ocurre cuando se excluye a los brillantes. La sociedad pierde su capacidad de autocrítica y de imaginar otro futuro. Pierde su capacidad de transformarse y se convierte en una sociedad estúpida, una sociedad que funciona, pero que ha renunciado a pensar.

6. El miedo de los que están dentro.

¿Por qué los que están dentro del sistema excluyen a los brillantes? ¿Por qué no los incorporan, no los escuchan y no aprenden de ellos?

La respuesta es el miedo a quedar desnudos, a que se descubra que debajo de su posición, de su léxico y de sus modales no hay nada.

Los que ocupan posiciones de poder con buena formación, títulos y contactos no son, en su mayoría, personas con ideas originales. Son gestores competentes de lo existente. Han aprendido a manejar el léxico, los códigos y los gestos. Han interiorizado las fórmulas, los protocolos y las apariencias. Pero cuando se les pregunta por sus ideas, por su visión del mundo y por su capacidad de cuestionar lo establecido, la respuesta es el silencio o la repetición de tópicos.

Y lo saben. Saben que debajo de su apariencia no hay mucho más y que su posición no se debe a su brillantez, sino a su capacidad de adaptación. Saben que si un crítico lúcido les cuestionara en público, quedarían al descubierto y por eso evitan a los brillantes. No los incorporan, no los escuchan y no los invitan, porque los brillantes son un espejo en el que no quieren mirarse.

Este miedo no es individual, es sistémico. Todo el sistema está construido sobre la misma lógica: la apariencia, la conformidad y la reproducción de lo establecido. Y cualquier elemento que cuestione esa lógica es una amenaza para el conjunto. Por eso se le excluye y se le vigila. Por eso se le neutraliza.

El resultado es una endogamia de la mediocridad. Los que están dentro se reconocen, premian y protegen. No porque sean los mejores, sino porque son los que no cuestionan. Los que no preguntan por qué las cosas se hacen así, no señalan las contradicciones y no incomodan. Y así, el sistema se cierra sobre sí mismo, cada vez más impermeable a las ideas nuevas, cada vez más incapaz de corregirse.

7. El castigo de la lucidez. Genios incomprensidos.

La historia está llena de ejemplos de personas brillantes que fueron ignoradas, marginadas o perseguidas en vida. No es una coincidencia. La lucidez, originalidad y capacidad de cuestionar el statu quo son incómodas. Y el sistema, como hemos visto, premia la conformidad y castiga la lucidez.

Van Gogh vendió un solo cuadro en vida. Murió en la miseria, convencido de ser un fracasado. Hoy es uno de los pintores más cotizados del mundo. Kafka publicó poco, murió sin saber que sería uno de los escritores más influyentes del siglo XX. Nietzsche murió en la locura, ignorado por la academia, antes de convertirse en el filósofo más leído del siglo XX. Emmy Noether, matemática genial, no pudo obtener una cátedra por ser mujer. Einstein la llamó "el genio matemático más importante desde que comenzó la educación superior para las mujeres". Ignaz Semmelweis descubrió la importancia de lavarse las manos en los

partos. Fue ridiculizado por sus colegas y murió en un manicomio. Hoy es un héroe de la medicina. Rosalind Franklin fue clave para descubrir la estructura del ADN. Murió sin reconocimiento mientras Watson y Crick se llevaron el Nobel. Alan Turing fue perseguido por su homosexualidad, obligado a someterse a castración química. Hoy es un icono de la informática.

¿Qué tienen en común todos ellos? Cuestionaron el statu quo, no aceptaron las reglas del juego, no se conformaron con lo establecido y por eso fueron castigados. No por falta de talento, sino por exceso de lucidez. No por no valer, sino por no encajar.

El reconocimiento póstumo es el consuelo hipócrita que el sistema ofrece a los que ha destruido. Una vez muertos, cuando ya no pueden incomodar, se les reconoce, se les dedican calles, se escriben biografías sobre ellos, se erigen estatuas y se les estudia en las escuelas. Pero ya no están. Y los que siguen vivos y siguen cuestionando, continúan siendo ignorados. El sistema no ha cambiado, solo ha aprendido a domesticar a sus muertos.

8. La trampa de la autocensura.

El mecanismo más eficaz de vigilancia no es el externo, sino el interno. Los que cuestionan no necesitan ser silenciados por otros, se silencian a sí mismos. Han aprendido que preguntar es peligroso, que señalar contradicciones es incómodo y que ser lúcido tiene un coste. Y por eso, poco a poco, dejan de preguntar, de señalar y de ser lúcidos.

Este proceso de autocensura es gradual y casi imperceptible. Al principio, el brillante pregunta, cuestiona y propone. Recibe miradas incómodas, silencios o evasivas. Aprende que sus preguntas no son bienvenidas, que sus críticas generan rechazo y que su lucidez le aísla. Y entonces, para sobrevivir, se calla, guarda sus ideas para sí mismo, finge que no ve lo que ve y que no entiende lo que entiende. Y así, poco a poco, se convierte en lo que nunca quiso ser, un conformista más.

La autocensura es el triunfo del sistema. No necesita vigilantes, ni policías, ni censores. Basta con que los brillantes aprendan a callarse, con que interioricen que su lucidez es un problema. Basta con que se auto-excluyan. Y el sistema, sin necesidad de hacer nada, se reproduce sin cuestionamientos.

El filósofo Michel Foucault describió este fenómeno como "disciplina": el poder no necesita castigar constantemente, basta con que los individuos interioricen las normas y se vigilen a sí mismos. Y quienes ocupan las posiciones de autoridad lo saben.

La autocensura es la forma más perfecta de control social. No hay que vigilar a nadie porque todos se vigilan a sí mismos. No hay que castigar a nadie porque todos se castigan a sí mismos. No hay que silenciar a nadie porque todos se silencian a sí mismos.

9. Recuperar el valor de la crítica.

Frente a este sistema que premia la sumisión y castiga la lucidez, es necesario recuperar el valor de la crítica. No como privilegio de unos pocos, sino como el derecho de todos. No como una genialidad individual, sino como una práctica colectiva.

Recuperar el valor de la crítica significa romper el círculo, que los que están dentro dejen de seleccionar a los que se les parecen y que los premios no se otorguen por aclamación, sino por mérito. Significa que las ideas se debatan en lugar de silenciarse y que la crítica se valore y no se castigue. Significa, en definitiva, que el sistema deje de ser un club de amigos y se convierta en un espacio de pensamiento.

Recuperar el valor de la crítica es recuperar la fe en la inteligencia colectiva. Es volver a creer que el mundo puede ser de otra manera. Es volver a pensar y cuestionar para imaginar un mundo mejor.